

Juan Negrín López nació el 13 de febrero de 1892 en Las Palmas de Gran Canaria, en una familia marcadamente clerical perteneciente a la oligarquía comercial de las islas. Su trayectoria juvenil fue la propia de los vástagos de la oligarquía canaria: tras sus rápidos estudios de bachillerato marchó a Europa para iniciar una carrera universitaria. La concesión en 1906 del Premio Nobel de Medicina a Santiago Ramón y Cajal estimuló quizá la vocación investigadora de Juan Negrín, que por esa época iniciaba sus estudios de medicina en Alemania. Los cursó primero en Kiel y luego en Leipzig, donde obtuvo el grado de doctor en 1912, tras de lo cual permaneció algún tiempo realizando labores de investigación y docencia. Ya por entonces Negrín



te del Comité Revolucionario reunido en Madrid, y en enero del año siguiente encabezó una comisión de diputados socialistas que visitaban la maltratada Asturias.

La actividad parlamentaria de Negrín fue discreta, limitándose a su participación en la comisión de presupuestos y a leves intervenciones en la Cámara. Fue designado para dirigir la delegación española en la Oficina Internacional del Trabajo, dependiente de la Sociedad de Naciones, y en la Unión Interparlamentaria Europea.

Por entonces Negrín no era aún un político masivamente conocido. Poseía ya, en cambio, una información internacional que hacía de él uno de los pocos hombres públicos españoles capa-

## Juan Negrín, un canario en nuestra Historia

*En el número 77 de "Aguayro", correspondiente al mes de julio de 1976, se publicó un artículo sobre Juan Negrín (Las Palmas de Gran Canaria, 1892 - París, 1956) debido a la pluma de Paulino Montesdeoca, actualmente diputado del Grupo Popular por la provincia de Las Palmas. Fue uno de los primeros trabajos aparecidos en torno a la figura histórica de este isleño que fue presidente del Gobierno de la República entre 1937 y 1939, durante la guerra civil. Por diversos motivos, la memoria de Negrín —científico, además, de reconocida valía— ha sido sepultada bajo la losa de un olvido programado, hasta tal punto que no sólo ha sido injustamente descalificado, sino que como personaje histórico es desconocido por las actuales generaciones. En el afán de dar a conocer a un gran canario que figura merecidamente en los anales de nuestra historia reproducimos aquí parcialmente un excelente trabajo de Feliciano Páez-Camino en el que desde el ángulo de la documentación y la objetividad se hace justicia histórica a la personalidad política de Negrín.*

conocía, además del alemán, el francés, el inglés y el ruso (se casó con una joven de la alta burguesía rusa, estudiando también en Leipzig).

La formación de Negrín fue, pues, acentuadamente europea, en relación con los ambientes más avanzados de la ciencia y en contacto también con el socialismo, un tanto difuso, que imperaba en los ámbitos universitarios alemanes de preguerra.

Con el estallido de la primera guerra mundial, Negrín regresó a España y, vinculado a los círculos de la Institución Libre de Enseñanza, trabajó en la Residencia de Estudiantes, en cuyos sótanos se instaló para él, merced al apoyo de Cajal, un laboratorio de fisiología. Tras convalidar en España sus estudios médicos, obtuvo en 1922, sin especial dificultad, la cátedra de fisiología de la Universidad de Madrid. Al año siguiente fue nombrado secretario de la Facultad de Medicina, y en 1927 secretario de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria, función que desempeñó con tesón hasta el inicio de la guerra civil.

Su entrada visible en la política la realizó el doctor Negrín en el agitado

año de 1929, ingresando en el PSOE, hecho que Juan Marichal ha calificado como «un gesto muy representativo de la orientación europeísta de su generación, la generación de Ortega y Marañón, la de 1914». Lo cierto es que, aunque Negrín se hallara ajeno a planteamientos de tipo marxista, sí era profundo en él —como puso de manifiesto en conferencias, artículos y declaraciones— un republicanismo progresista y un sentimiento de confianza histórica en las clases populares.

En vísperas de la proclamación de la República, prestó Negrín su concurso al movimiento fallido del 15 de diciembre de 1930. Su laboratorio fue el lugar donde Largo Caballero y Álvarez del Vayo pernoctaron del 14 al 15 para coordinar la huelga que resultó abortada.

No era políticamente conocido en su isla natal, pero, integrado en las listas de la coalición republicano-socialista, fue elegido en 1931 diputado por Las Palmas para las Cortes Constituyentes de la Segunda República. En las elecciones de noviembre de 1933 fue reeligido diputado, esta vez por Madrid. Durante el movimiento popular de octubre de 1934 formó par-

citados para comprender en su complejidad la realidad política europea de aquellos años que con tanta fuerza gravitaba sobre la situación española.

A pesar de la amistad que le unía de antiguo a Araquistáin y Álvarez del Vayo, Negrín no estaba vinculado al ala radical del PSOE, sino que era partidario de Prieto, a quien hubo de proteger del atentado que sus rivales le hicieron en Écija. Tras el triunfo del Frente Popular, Negrín defendió con énfasis la necesidad de que el PSOE autorizara a Prieto a aceptar la invitación de formar gobierno hecha por Azaña, recién nombrado presidente de la República. Insistía Negrín en que era preciso evitar en lo posible el estallido de una confrontación civil, mediante una política de apaciguamiento de ánimos y robustecimiento del Frente Popular, y subrayaba la conveniencia de que el PSOE estuviera presente en el gobierno ante la eventualidad de un levantamiento antirrepublicano.

Fue con la guerra civil que él, como tantos, hubiera deseado evitar, cuando se manifestó para los españoles la personalidad de Juan Negrín, su dimensión como hombre de pensamiento y

---

## *En 1931 fue elegido diputado por Las Palmas en las Cortes de la II República*

---

de acción. Tras unas primeras actividades como combatiente en la sierra de Madrid, le fue encomendada la cartera de Hacienda en el gobierno que, presidido por Largo Caballero, sustituía el 4 de septiembre de 1936 al de Giral. Largo Caballero, cuyo acceso a la jefatura del gobierno reflejaba el protagonismo que la clase obrera había tenido en el enfrentamiento con los sublevados, se reservó la cartera de Guerra, pero nombró a Prieto, su correligionario y rival, para la de Marina y Aire. El nombramiento de Negrín para el importante Ministerio de Hacienda aparecía como fruto de su amistad con Prieto. Así Negrín se vio impelido a formar parte de un gabinete con cuya composición no se mostró en un principio conforme, toda vez que la consideraba inconveniente para suscitar el apoyo a la República de las democracias occidentales.

Desde septiembre de 1936 a mayo del año siguiente, Negrín, evidenciando ser algo más que un simple *hombre de paja* de Prieto, dirigió de manera extremadamente competente la hacienda de la República en guerra, sin desentenderse por ello de los hechos militares, en alguno de los cuales aportó su presencia física. Con la colaboración de muchos antiguos miembros de sus equipos de investigación científica reorganizó la malparada hacienda republicana ejerciendo un efectivo control gubernamental de fronteras y puertos y llevando a cabo la conversión del cuerpo de Carabineros —dependiente del Ministerio de Hacienda— en una valiosa unidad combatiente. Uno de los hechos más aireados de su gestión fue su participación en el traslado del oro del Banco de España, en vísperas de la heroica defensa de Madrid, a la base naval de Cartagena y, pocos días después, de buena parte de él a la Unión Soviética, en calidad de depósito provisional.

El gobierno de Largo Caballero entraba en crisis en mayo de 1937 tras duros reveses militares (en especial la caída de Málaga) y en medio del dramático enfrentamiento fratricida de Barcelona. El 17 de mayo recibía Negrín de Azaña el encargo de formar



---

## *Negrín fue un hombre de pensamiento y de acción*

---

gobierno, y en éste, que contó con la confianza de todos los partidos del Frente Popular, Prieto fue designado para la cartera de Defensa, que acumulaba todos los departamentos militares.

El nombramiento de Negrín produjo cierto desconcierto, pues se esperaba que fuera el propio Prieto el nuevo presidente del gobierno. La noticia fue acogida con menos sorpresa por los medios internacionales, donde el catedrático de fisiología era muy conocido, en especial en los círculos socialistas franceses e ingleses, así como por parte de ciertas personalidades soviéticas y estadounidenses (la familia Roosevelt, por ejemplo).

Pese al papel destacado que correspondía a Prieto en el gobierno presidido por Negrín, el jefe de gobierno puso de manifiesto su carácter escasamente maleable y sus ideas claras sobre cuál había de ser la tarea gubernamental básica: ganar la guerra. Para ello había que dinamizar el esfuerzo productivo, centralizando el control económico, y era preciso subordinar las transformaciones socioeconómicas de carácter revolucionario a la necesi-

dad perentoria y primera de vencer al fascismo. Otro de los objetivos básicos era incidir en los círculos rectores de la política internacional con el objeto de conseguir para la causa republicana un apoyo que contrarrestara el auxilio que los franquistas estaban recibiendo del Eje desde los primeros momentos de la sublevación. De ahí la intervención de Negrín ante la Sociedad de Naciones y sus frecuentes y rápidos viajes a Ginebra y París, buscando en vano que Francia y Gran Bretaña cesaran en su amedrentado empeño de mantener la ficción de la *no intervención*.

Tras las efímeras victorias de Brunete (en julio), Belchite (agosto-septiembre) y Teruel (diciembre 1937-enero 1938), la situación militar en marzo de 1938 resultaba crítica y en el seno del gobierno, que el 31 de octubre anterior había trasladado su sede de Valencia a Barcelona, el tesón optimista de Negrín se enfrentaba con el pesimismo de Prieto, que vaticinaba el desenlace de la guerra para el mes de abril. A ello se unía la desconfianza o el resquemor que despertaba en algunos círculos gobernantes la creciente influencia del PCE como abanderado de la voluntad de resistencia.

El 6 de abril de 1938, Negrín formaba un nuevo gobierno, reservándose la cartera de Defensa. Prieto se negó a permanecer en el gabinete e inició con respecto a Negrín un distanciamiento que, andando el tiempo, adquiriría tonos de abierta hostilidad. El nuevo gobierno formado tras la crisis, con su expreso afán de resistencia, levantó muchos ánimos combatientes y se hizo posible la recomposición de los frentes y la contención del enemigo. Se produjo también un cambio en el espíritu público, una normalización de la vida cívica y de la organización militar. Con el fin de fijar los *finés de guerra* de la República que sirvieran como aglutinante de todas las voluntades combativas en el campo republicano y como declaración de principios cara al exterior, Negrín hizo publicar y difundir profusamente los llamados *trece puntos*, obra del propio jefe del gobierno, aunque la redacción definitiva corriera a cargo de Álvarez del Vayo, con alguna intervención de Zugazoitia.

Una oleada de optimismo se hizo patente con el impetuoso triunfo inicial de la batalla del Ebro: el 25 de julio de 1938 las tropas de la República cruzaban el Ebro en una amplia operación concebida por Negrín y el general Rojo, insustituible asesor de toda la actividad militar. Pero el desgaste ocasionado por la batalla del Ebro, unido al definitivo abandono por parte de las potencias occidentales, reoscurcieron pronto el panorama. La ofensiva franquista sobre Cataluña se inició a finales del 38. Por otra parte, en el transcurso de ese año las relaciones de Negrín con Azaña, pesimista y temeroso, se habían deteriorado agudamente y también habían surgido roces con Companys y los representantes de la Generalitat, celosos de la creciente atribución de funciones al poder central. El jefe del gobierno hizo algunas violentas manifestaciones contra las intrigas de retaguardia, y lo cierto es que desde mediados del 38 se forjaba una conspiración contraria a Negrín para vencer la política de resistencia que él personificaba. Ya en diciembre de 1938, con ocasión del plan de Negrín y Rojo de ataque por Andalucía para salvar a Cataluña, empezaron a insinuarse las insubordinaciones de altos mandos militares.

El 1 de febrero de 1939, en plena retirada de Cataluña, Negrín expuso a las Cortes reunidas en el castillo de Figueras las tres condiciones en que su

gobierno aceptaría la paz; en realidad se trataba sólo de asegurar la ausencia de toda persecución y represalia al término de la guerra. Después de acompañar hasta Francia al jefe del Estado —que el 27 de febrero renunciaría a su cargo y ya no habría de retornar a España—, asistió al paso al otro lado del Pirineo de miles de refugiados, tras de lo cual, el 10 de febrero, se trasladó, seguido de sus ministros, a la zona centro-sur, único territorio español que permanecía en poder de la República.

Se iniciaron entonces los acontecimientos que pusieron un final doblemente dramático a la guerra civil: la constitución de la *Junta o Consejo Nacional de Defensa*, que, esgrimiendo el *mérito* de su acomunismo, pretendió en vano obtener de Franco una paz honrosa y sin represalias, para lo cual provocó la desunión en el campo republicano y el brusco derrumbamiento de su resistencia. Es éste uno de los aspectos más dolorosos de la guerra civil, no sólo por constituir el último de sus episodios, sino porque abrió heridas que pesaron largamente en el seno de la izquierda española y entregó inermemente lo que quedaba de República a la saña metódica de sus verdugos.

Cabe resaltar que la actitud de Negrín de combinar la resistencia con la negociación y de oponerse a una rendición sin condiciones tenía su base en dos realidades:

De un lado, la *situación internacional*. La formación de Negrín y su conocimiento del contexto político europeo le llevaban a pensar que el *espíritu de Munich*, de claudicación frente al fascismo, no podía ser sino pasajero. Negrín sabía —y así lo intuían también gran número de combatientes— que el drama español era un prólogo del conflicto mundial cuyo estallido estaba próximo y que, prolongando la resistencia, la suerte definitiva del problema español quedaría ligada al resultado de la guerra mundial en ciernes.

Por otra parte, la *conciencia del carácter y de los objetivos del enemigo*. Si las clases dominantes habían decidido jugarse el todo por el todo al desencadenar la guerra civil, el botín de la victoria no iba a ser otro que una represión general que lograra la destrucción sistemática y radical de las organizaciones de la clase obrera y de los otros sectores populares (profesionales, liberales, intelectuales...) que habían hecho causa común con ella. Ninguna piedad cabía, pues, esperar de los vencedores. Por ello el mantenimiento de una resistencia ordenada podía suponer una economía de vidas humanas, permitiendo una evacuación gradual y la organización de una infraestructura de guerrillas y actividades clandestinas que continuaran con posibilidad de éxito la lucha contra el nuevo régimen.



El doctor Negrín, presidente del Gobierno; don Manuel Azaña, presidente de la República, y el general Miaja pasan revista a las tropas del Ejército Popular.

Derrumbados los frentes, perdida en medio del caos la causa de la República, Negrín abandonó Elda, última sede del gobierno, el 6 de marzo de 1939 por la tarde, en un avión rumbo a París. Al comienzo de la guerra mundial cambió su exilio francés por el inglés e, instalado en las proximidades de Londres, compaginó su actividad política con ocupaciones de carácter más estrictamente intelectual, de las que es ejemplo su participación en un congreso de la Asociación Británica para el Progreso de las Ciencias con una ponencia, presentada el 26 de septiembre de 1941, con el título de «Ciencia y gobierno».

Al término de la guerra mundial regresó Negrín a Francia para participar en gestiones en pro de la causa republicana en los círculos del exilio, gestiones que también le llevaron a México y a alternar luego su residencia entre París y Londres. Estando en esta última ciudad publicó en abril de 1948 en el *New York Herald Tribune* una serie de tres artículos en que propugnaba la inclusión de España en el programa europeo de reconstrucción propuesto por el *plan Marshall*. Para Negrín ello no habría supuesto reforzar el régimen de Franco, sino acelerar su necesidad de comunicación con el exterior y, por tanto, su descomposición; además, el esquilmo pueblo español podría gozar, independientemente del talante de su gobierno, de una ayuda económica que paliara su miseria. Luego, sin cejar en su oposición activa a la dictadura —y sin dejar tampoco de recibir improperios por parte no sólo del régimen, sino también de algunos compañeros de exilio, como el propio Prieto—, Negrín inició las gestiones para la entrega al gobierno español de la documentación relativa al depósito del oro del Banco de España en la URSS.

Bruscamente, el 12 de noviembre de 1956, Juan Negrín murió en su exilio de París, víctima de una afección cardíaca, «víctima del último sobresalto de su gran corazón», en palabras de su amigo Mariano Ansó.

#### LOS SIGNIFICADOS DE UN PERSONAJE INCÓMODO

La primera conclusión que tal vez se pueda obtener de un análisis de la figura de Juan Negrín es la de que constituye una *personalidad de difícil parangón* entre nuestros gobernantes. No parece arriesgado afirmar que el último jefe del gobierno de la República



*Belchite fue ocupada por los republicanos durante la ofensiva de Aragón del verano de 1937. Fue una de las batallas más duras de la guerra civil. La foto recuerda un momento de aquella ciudad ocupada después de encarnizados combates.*

### *Al final de la guerra fue partidario de combinar resistencia y negociación para evitar una rendición sin condiciones*

ha sido el hombre de más vasta cultura y más robusta formación de cuantos han estado hasta el presente al frente de los gobiernos de la España contemporánea. No es, por cierto, un lujo que nos hayamos podido permitir con frecuencia el tener un gobernante con formación científica y humanista, con un bagaje de lecturas constantes y diversas, que alternara con naturalidad media docena de idiomas, con capacidad para la calma en las situaciones de peligro físico y que uniera a esa personalidad exuberante un acusado sentido de realismo para las tareas políticas.

Esta sólida formación de Negrín tiene una vertiente particularmente destacable: su *conocimiento de los grandes problemas internacionales* y su sensibilidad para captar la incidencia de éstos en el mundo español. Negrín ha sido uno de los contados políticos de este país que han sido conscientes de hasta qué punto la historia de España se engarza en la historia universal. Y esto tiene particular relevancia, ya que de una acendrada visión *castiza* de nuestra historia se ha derivado —aparte de groseras manipulaciones en relación con nuestra supuesta idiosincrasia— una tendencia a desconocer las muy consistentes interrelaciones entre la problemática española y su contexto internacional, en especial a partir del segundo decenio de nuestro siglo.

Mostró también Negrín una des-

usada *capacidad para el enjuiciamiento político* con un contenido dinámico y práctico (que es algo muy distinto de la volubilidad y el oportunismo), en una época en que los ideólogos políticos de la izquierda experimentaban una notable propensión al dogmatismo, en un tiempo en que el bagaje de mucha gente tenía un fuerte tufo a catecismo. Fue precisamente un hombre que nunca hizo gala explícitamente de sus convicciones marxistas quien puso de manifiesto, llegada la ocasión más dura, un sentido de tenacidad y fidelidad en la lucha social y un sentido de realismo en el análisis de las situaciones políticas.

Militante del PSOE, fue sin embargo Negrín en muy escasa medida un *un hombre de partido*. Por su origen social, por su circunstancia profesional, podría suponerse, en principio, un cierto paralelismo de su figura con la de Julián Besteiro. Sin embargo, su significación histórica constituye, en buena medida, la *antítesis* de la de Besteiro. Éste estuvo siempre en los niveles rectores del partido, en tanto que Negrín era un militante sin particular voluntad de dirección política; pero, en situaciones especialmente dramáticas, cuando Besteiro experimentó la tendencia a la abstención, la repugnancia a mancharse las manos, Negrín, en cambio, asumió el compromiso que se derivaba de las circunstancias. Y en esa situación mostró ser un hombre cons-

## Personalidad con independencia de criterio, Negrín fue objeto de toda clase de descalificaciones e intrigas

lugar la capacidad del PCE para hacer realidad esa voluntad victoriosa, a través de una política de ampliación de las bases sociales de apoyo del Frente Popular, así como mediante la puesta en pie de un instrumento militar eficaz, capaz de hacer frente con éxito al enemigo. Hoy, distantes ya los tiempos en que las duras condiciones de supervivencia generaron una psicosis de *criptopolítica*, las razones objetivas para la convergencia de actitudes políticas entre el PCE y un hombre de la independencia de criterio de Negrín se nos manifiestan claramente.

Desde la perspectiva anarquista, la figura de Negrín nos suele aparecer presentada con tintas que, con diferencias de matiz según los casos, son siempre bastante negras. Ello tiene su base en hechos tan significativos como el que una de las primeras medidas de Negrín al frente del gobierno fuera la disolución del Consejo de Aragón: aunque al asumir Negrín la jefatura del Gobierno la *primavera autogestionaria* que habían vivido algunas zonas estaba ya en fase de franco reflujó, la política negrinista tendió claramente a eliminar los restos de estas experiencias que eran consideradas como una fuerte rémora económica y política para el objetivo esencial de ganar la guerra. Todavía en estos días hay quien insiste en la artificial —o, cuando menos, simplista— dicotomía de si había de ser primero *ganar la guerra* o *hacer la revolución social* (a la vez, o, mejor, con ocasión de aquélla). Dejando a un lado la forma dramáticamente pintoresca que los anarquistas tenían de entender la «revolución social» en un país semiindustrializado, llama la atención el tono escolástico con que formulan un dilema quienes parecen ignorar que derrotar con las armas a la opción política en la que se habían volcado unánimemente las clases dominantes españolas era ya en sí la tarea más apremiantemente revolucionaria.

La figura de Azaña presenta también, por su parte, un fuerte contraste con la de Negrín. Azaña a la cabeza de sus correligionarios gobernantes tras el

triunfo electoral del Frente Popular, mostró una confianza suicida en el respeto a la legalidad por parte de aquellos a quienes el sentir popular sabía traidores; y esa confianza no era más que el amedrentado reflejo de su desconfianza histórica esencial en las masas obreras organizadas. No es de extrañar que Negrín apareciera a los ojos del presidente de la República como un «loco visionario» empeñado en ganar una guerra que Azaña estimó perdida o ajena desde el momento en que, perdiendo la iniciativa, se vio desbordado por unas clases populares empeñadas en salvar una República que ya no podía ser la del catorce de abril, con su cortejo de ambigüedades.

Cabe añadir a la larga lista de acreedores históricos de Negrín a los nacionalistas catalanes, que podían reprocharle a nuestro personaje su riguroso sentido de las prioridades. En efecto, a Negrín no le encandilaron demasiado unos escrúpulos autonómicos (a menudo manifestados en aspectos formales en relación con el protocolo jerárquico) que coadyuvaban, a su juicio, a la escasa contribución industrial de Cataluña en los momentos críticos de la lucha contra un enemigo que era común al Estado y a las regiones autónomas.

Pero, pese a la amplia serie de actitudes que chocaron con la de Negrín, abriendo heridas que tendían a ahondarse por lo terrible de las circunstancias que se vivían, muy grande fue también la confianza y el entusiasmo que Negrín suscitó. Aparte de los comunistas, dieron su apoyo a Negrín gentes procedentes de muy diversos campos: de su propio partido (Zugazagoitia, sobre todos), de las moderadas filas de los republicanos de izquierda (Mariano Ansó), de lo más sólido del ejército leal (Vicente Rojo). Y, sobre todo, son muchos los testimonios del poder de galvanización que la política negrinista tuvo en muy amplios sectores de los soldados anónimos de la República de diversas adscripciones militantes, en la inmensa masa de antifascistas de nuestro país... Esas gentes que saben que para un pueblo hay una cosa aún peor que padecer una guerra civil: *perderla*.

Porque personificó resueltamente anhelos colectivos en tiempos sombríos, Juan Negrín merece el homenaje del recuerdo a su esfuerzo y a su genio. Pero sobre todo su figura histórica constituye un elemento clave en la necesaria reflexión crítica colectiva sobre nuestro pasado.

FELICIANO PÁEZ-CAMINO

ciente de que un partido, por mucha tradición histórica y mucho arraigo en las masas que tenga, es tan sólo un instrumento, y que, en consecuencia, hay lealtades políticas más importantes que las que se puedan tener a cualquier organización, por valiosa que ésta sea.

Un aspecto ineludible en la actuación de Negrín es el de su relación con el PCE. La etiqueta —en forma de acusación— velada o expresa de *criptocomunista* le ha sido aplicada con harta frecuencia, preferentemente (propagandas fascistas aparte) por sus compañeros de partido. Desde abril del 38, Prieto insiste reiteradamente en que su destitución como ministro de Defensa se había debido a «intrigas comunistas» orientadas por Moscú y de las que Negrín sería el ejecutor. Besteiro, por su parte, fue aún más explícito, con ocasión de una reunión de la Ejecutiva socialista en otoño del 38: «le tengo a usted por un agente de los comunistas». A primera vista, las buenas relaciones que, en general, mantuvo Negrín con los comunistas durante la guerra podrían resultar paradójicas, habida cuenta de la inexistencia de una particular identificación ideológica y de que el sentido crítico de Negrín le alejaba de los proceder que por entonces caracterizaban a los partidos comunistas. Sin embargo, la real confluencia de criterios entre Negrín y el PCE se basaba, aparte y más allá del papel que este partido podría jugar como intermediario de la ayuda soviética a la República, en dos hechos. En primer lugar, la tenaz voluntad de victoria que encarnó por encima de toda otra formación política el PCE, constituyendo la razón esencial de que acudieran masivamente a sus filas muchos de los elementos más valiosos y resueltos de aquel momento. Y en segundo



Julián Zugazagoitia fue siempre un leal compañero de Negrín.